



## ACTO II

Gran sala en el Capitolio.—En el fondo, vasto pórtico al que da entrada un amplia gradería, y desde el cual percíbense á lo lejos los monumentos más elevados de Roma.

### ESCENA PRIMERA

Mensajeros de paz, RIENZI, Senadores

CORO DE MENSAJEROS DE PAZ (*á lo lejos*).—La Paz fecunda sonríe al mundo; por doquiera las flores exhalan sus perfumes. ¡Firmada está la paz! (*El canto de los mensajeros parece aproximarse poco á poco.*—*Aparece el cortejo por el vasto pórtico.*—*Los mensajeros van vestidos á la antigua, con túnicas de seda blanca, coronada la frente y un bastón de plata en las manos.*) Oye, pueblo, oye á los gozosos mensajeros, embajadores de la paz hija del cielo. Los ardientes rayos del sol coronan los montes con mil fuegos; los buques á porfía surcan los numerosos puertos; la paz nos brinda sus verdes palmas.



(*Aparece Rienzi, en rico traje de tribuno.—Siguenle Cecco y Baroncelli á modo de pretores.—En pos, llegan los senadores.*)

RIENZI.—¡Oh! habla, habla, mensajero, ¿queda todavía algún peligro? al recorrer el romano suelo ¿encontraste la paz en tu camino?

UN MENSAJERO.—He visitado nuestros campos, nuestras ciudades y los vastos puertos de nuestros mares. En nuestras ciudades tranquilas abundan nuevos tesoros. Por todas partes he visto la paz. ¡Ojalá dure para siempre! El labrador recoge el sazonado trigo que sembró; ya las fortalezas no necesitan armarse contra la rebelión.

RIENZI.—En ti cifré mi fuerza, ¡oh Dios mío! ¡tuya es la gloria, tuyo el honor!

TODOS.—¡Á ti, solamente, debe Roma su ventura! ¡para ti la gloria, para ti el honor!

RIENZI.—Id, mensajeros de paz; proclamad en Roma entera el éxito de nuestra causa.

MENSAJEROS.—Oye, pueblo, oye á los gozosos mensajeros, embajadores de la paz hija del cielo.

(*Se alejan por el pórtico del fondo.*)

## ESCENA II

Los mismos, COLONNA, ORSINO, los nobles

(*Colonna, Orsino y sus partidarios saludan á Rienzi con cierta deferencia no exenta de altivez.*)

COLONNA.—Seamos amigos, Rienzi.

RIENZI.—Nada le falta á tu victoria ¡oh Roma! Tus adversarios, cual hijos sumisos, tienen á gloria vivir bajo tu ley.

COLONNA.—Puedes contar con nuestra fe. Nunca creí encontrar en ti tanta grandeza. Sí, todo en ti me asombra.

RIENZI.—¡La libertad! la ley! he aquí mi fuerza. No olvidéis que, para que os franqueáramos las puertas de la villa, os sometisteis á nuestra ley, como los más humildes plebeyos. ¡Caigan, por fin, esos castillos, esas madrigueras de donde surgían vuestros viles mercenarios! ¡Ay de vosotros si aún abrigaran vuestros pechos culpables errores! Yo, el tribuno, sabré ejercer justicia. Mas ya la fiesta está esperando aquí á vuestras nobles señorías.

(*Sale seguido de Cecco, Baroncelli y los senadores.*)

## ESCENA III

ORSINO, COLONNA, los nobles; luego ADRIANO

COLONNA.—¡Necio orgullo! ¡insolentes palabras! ¿habremos de tolerarlas mucho tiempo?

ORSINO.—¡Qué furor abrasó mi corazón! ¡á semejan- te impostor doblegar nuestras frentes!

COLONNA.—¿Qué remedio queda? Nos venció.

ORSINO.—¡Y esa plebe, avezada ayer á plegarse á nuestras leyes, cuál se levanta y, transformada de repente, se convierte en un pueblo!

COLONNA.—¡Un pueblo! ¡Cómo! ¡Sólo Rienzi sabe dictar la ley; si Rienzi dejara de existir todo se desmoronaría!

(*Los nobles rodean á Orsino y Colonna.—Adriano entra sin ser visto y se mezcla en los grupos.*)

ORSINO.—Á él solo hay que herir; pero ¿con qué lazo engañarle?

COLONNA.—Es ídolo de la muchedumbre, cuyos transportes exalta.

ORSINO.—Débiles nosotros, ellos poderosos, destruirán todos nuestros esfuerzos.

COLONNA.—¡Pues bien! Sucumba Rienzi á nuestros



golpes, entre ese pueblo de necios; muerto Rienzi, serán nuestros.

ORSINO.—¡Perfectamente! Nada me arredra; en ello se cifra nuestra salvación. Sea para él la hora de la muerte, la de la fiesta.

COLONNA (*en voz baja*).—Todo lo he previsto; mis partidarios están prestos; á mi señal acudirán. Ocuparemos el Capitolio, y derribaremos el ídolo.

TODOS.—¡Así sea!

ADRIANO (*pareciendo*).—¡Deteneos, asesinos! ¿qué osasteis decir?

ORSINO.—Colonna ¿sería acaso un traidor?

COLONNA (*fijando una severa mirada en Adriano*).—¡Habla, dí! ¿y eres tú, mi hijo, quien pretende vendernos?

ADRIANO.—Hijo soy de un verdadero soldado que siempre combatió de frente, y nunca mancilló con vil atentado la gloria de su raza.

ORSINO.—¡Pérfido! ¡traidor!

COLONNA.—¡Sí! aprendió la lección del tribuno. Por fin veo claro y se confirman mis sospechas.

ADRIANO.—Abre tus ojos á la luz, padre mío.

COLONNA.—¡Calla, calla! ¡estás maleficiado, y sin duda el tribuno espera que le sirvas de instrumento! ¡maldición contra él! ¡que muera!

ADRIANO.—¡Préstame, cielo, tu auxilio! (*A Colonna*.) Renuncia á tan vergonzosa maquinación; oye mis ruegos; conserva sin mancilla el brillo de un nombre que tan honrado ha sido.

ORSINO.—¡Pérfido! Y aún vacila su padre en castigarle!

COLONNA.—¡Escucha! Allá, en su guarida, está el tribuno. ¡Corre! ¡descúbrele nuestros planes; denuncia á tu padre!

--ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡Dios mío! ¡cruel destino! (*A Colonna*.) ¡Cómo! ¿Quieres que nuestro immacula-

do nombre sea empañado por la deshonra? ¡Déjame morir antes! Para vos, la afrenta; la muerte para mí.

ORSINO Y LOS NOBLES.—Sellado está nuestro sagrado pacto. ¡Muera el tribuno! (*Colonna rechaza á Adriano. —Los otros nobles se alejan amenazándole.*)

ADRIANO (*solo*).—¡Denunciarles yo! ¿qué haré? Te amo, Irene; salvaré á tu hermano. (*Detiéndose en el momento de partir.*) ¿Á dónde voy? ¡cruel remordimiento! ¡mi padre!... ¡y he de venderlo yo? ¡Jamás! ¡Dios mío! ¡apiádate de mi dolor! (*Sale.*)

#### ESCENA IV

Pueblo, ciudadanos de Roma

(*Entra la multitud por el foro, con gozoso semblante.*)

CORO.—Entonemos un himno de alegría, celebrando el regocijo de un pueblo altivo y libre.

#### ESCENA V

Los mismos, RIENZI, IRENE, BARONCELLI, CECCO

(*Todos se inclinan ante Rienzi*)

RIENZI.—¡Salud, pueblo romano! ¡grato espectáculo! ¡día feliz! Oiga el cielo mis súplicas; será perdurable esta ventura.

TODOS.—¡Viva Roma para siempre en paz! (*Las diputaciones de los Estados Lombardos, de Nápoles, de Baviera, de Bohemia y de Hungría, aparecen en la sala de fiestas.*)

BARONCELLI (*presentando las diputaciones de las diversas provincias*).—De cerca, de lejos, acuden á ti los pueblos para aclamar tu ley.

RIENZI.—Reúnanos un solo lazo en nombre de Roma protectora. Dios no ha puesto en mis manos los desti-



nos de Roma únicamente; quiero que Italia entera, grande por su libertad, se agrupe en un solo haz.

TODOS.—Viva para siempre Italia.

RIENZI.—El cielo secunda mis proyectos. Los decretos divinos os otorgan nuevamente la ansiada libertad. Recobrad pues la suprema jerarquía y dictad al Universo vuestras leyes. ¡Sí! por fin rompe sus cadenas Roma y no depende sino de sí misma. ¡Romanos! quede sobrepujado el noble esplendor del tiempo antiguo.

ORSINO.—¡Qué arrogancia! ¡insensato!

COLONNA.—Él mismo apresura su caída.

RIENZI.—¡Heraldo! ¡comience la fiesta!

ADRIANO (*acercándose á Rienzi sin ser visto*).—¡Alerta! ¡te tienden un lazo!

RIENZI (*en voz baja á Adriano*).—¿Acaso algún traidor...?

ADRIANO.—¡Vigila! ¡Silencio!

RIENZI.—¡Vendido! ¿por quién?... por ellos, sin duda. ¡Bah! nada temo; desprecio sus atentados.

(*Baile. Comparsas y bailarines reproducen ante Rienzi combates de gladiadores y el rapto de las Sabinas. Al terminar el baile, Orsino, que se ha ido aproximando á Rienzi, saca un puñal y le hiere en el pecho. Adriano se abalanza hacia Orsino, sin lograr detener el golpe. Los guardas de Rienzi acuden y rodean á los nobles.*)

CORO DEL PUEBLO.—¡Rienzi! ¡el cielo le protege!

RIENZI.—En vano se desborda su furor; sin embargo, el golpe era mortal. (*A Orsino, entreabriendo su túnica y dejando ver una coraza debajo del vestido.*) ¡Ya lo ves! ¡previ vuestro odio! ¡traidores! ¡vuestros infames proyectos hieren en mí á Roma, á su libertad, á su ley! ¡Nuestra popular y santa obra debía excitar su cólera; sus inicuas manos han mancillado la pureza de este santo día! Cese la fiesta y hágase justicia. (*El pueblo se retira silencioso. Quedan los senadores,*

*Rienzi, Baroncelli, Cecco y los nobles rodeados por los guardias.*) (*A los senadores.*) Sois testigos de su atentado, señores.

BARONCELLI.—¡Tribuno! ¡tus enemigos no se dan punto de reposo! sus partidarios han intentado sorprender el Capitolio y nuestras huestes.

RIENZI.—¿Osaréis negarlo, rebeldes?

COLONNA (*con desdén*).—¡No! Toma nuestra sangre y fragua nuestra perdición si quieres, que no tardará en sonar la hora del castigo.

RIENZI (*aparte, conmovido*).—¡Gran Dios! ¡tristes presagios! (*Reponiéndose.*) Obrad según la ley.

CECCO.—La ley ordena su suplicio.

RIENZI.—¡Cúmplase su sentencia! (*Los nobles rodeados por los senadores y las guardias son llevados á la sala del fondo. Oyése el doblar de la campana del Capitolio.*) ¡El hacha! ¡el patíbulo, tan pronto!... Pero es forzoso.

## ESCENA VI

RIENZI, ADRIANO, IRENE

ADRIANO.—¡Partieron ya! en él espero (*A Rienzi.*) ¡Rienzi, perdón para mi padre!

IRENE (*A Rienzi*).—¡Su padre! ¿qué suerte le aguarda?

RIENZI.—Pronunciada está su sentencia; ¡la muerte!

ADRIANO.—¡La muerte...! ¡yo le he vendido! ¡cruel dolor! ¡sobre mí recaería su sangre!

RIENZI.—Hijo eres de Roma; ¡no de un traidor!

ADRIANO.—¡Cómo! ¡los lazos de la naturaleza fallecerían ante la ley! ¡ay de ti, tribuno, ay de ti!

RIENZI.—Dios castiga al perjurio, y ordena la muerte del criminal; á su voz todo enmudece.

ADRIANO.—¡Infame! ¡sentencia cruel! Si he de vengar á mi padre ¡tiembla!



RIENZI.—¡Silencio! mejor fuera orar. (*Óyese en la sala del fondo el canto de los monjes que preparan á los nobles á morir.*)

MONJES.—*Misereat Dominum vestrorum peccatorum.*

ADRIANO.—¡Qué oigo! ¡gran Dios! ¡su canto hiela mi sangre!

IRENE.—De ti depende su perdón.

CORO DEL PUEBLO (*fuera*).—¡Mueran los traidores! ¡mueran!

RIENZI.—La clemencia sería crimen; el pueblo espera una víctima.

IRENE Y ADRIANO (*arrodillándose ante Rienzi*).—¡Perdón, perdón! ¡apiádate de nosotros!

RIENZI.—Ya que así lo queréis, serán absueltos. (*A una señal de Rienzi, precipitase Adriano hacia la sala del fondo. Abrense las puertas, dando paso á los nobles acompañados cada cual de un monje. El pueblo aparece de nuevo por el pórtico del foro.*)

## ESCENA VII

Los mismos, los nobles, el pueblo

PUEBLO.—¡No haya clemencia! ¡mueran los infames! ¡venganza! ¡venganza!

RIENZI (*conteniendo á la muchedumbre*).—Oid: una mano homicida pretendió herir mi pecho.

PUEBLO.—¡Mueran! ¡mueran todos!

RIENZI.—¡No, ciudadanos! ¡clemencia! ¡absolvedles!

CECCO.—¡Estás loco, tribuno!

PUEBLO.—No, Rienzi; ¡no haya perdón! ¡venganza!

RIENZI.—¡En nombre de vuestros abuelos, sed clementes!

BARONCELLI.—¡No! ¡el pueblo está sediento de su sangre!

RIENZI.—¡El pueblo! decid, ¿quién le ha hecho poderoso? ¡la unión es su fuerza! ¡Basta de sangre! ¡clemencia! Lo quiero yo; ¡el tribuno...!

CECCO (*Aparte*).—¡Qué demencia!

PUEBLO.—¡Cómo! ¡perdonarles cuando intentaron herir al elegido del pueblo!

RIENZI.—Perdonadles, si juran respetar sin rencor la ley romana. (*A los nobles.*) ¡Jurad! ¡Dios os escucha!

NOBLES.—Lo juramos.

CECCO (*Aparte*).—¡Vano juramento!

RIENZI.—Penetre al fin en vuestros corazones la santa clemencia. Si hablaron sin dolo, olvidemos sus yerros. No obstante, si algún infame urdiese nueva trama; ¡maldito sea en la tierra y aborrecido por una eternidad!

### Concertante

RIENZI.—¡El pueblo depuso su enojo! Id; quedáis absueltos.

IRENE, ADRIANO, EL PUEBLO.—¡Gloria á ti, Rienzi, tribuno de los días venturosos! ¡Tu nombre, más excelso que el de los héroes antiguos, vivirá victorioso entre los manes inmortales!

CECCO, BARONCELLI (*Aparte*).—En vano juran respeto á nuestra ley; no tardarán en faltar á sus promesas.

NOBLES (*Aparte*).—¡Sangre pide el ultraje! ¡tribuno, ay de ti! en breve, ante tus pasos, sembraré el terror.

ADRIANO, IRENE, RIENZI.—¡Perdón, perdón, en nombre del cielo! ¡no volváis á invocar la sentencia cruel! ¡La paz reine en adelante gracias al perdón, en todos los corazones!

BARONCELLI, CECCO.—¡Perdonarlos! ¡ah! ¡santos cielos! semejante perdón es criminal. ¡Nos aborrecen á muerte, y son funestos!

NOBLES.—¡Perdonarnos! ¡ah! ¡santos cielos! ¡ver-



gonzoso perdón! ¡afrenta cruel! Mas no cejemos en nuestros proyectos; ¡odio eterno contra ellos!

PUEBLO.—Dispón de su suerte; sé implacable ó generoso; dicta muerte ó perdón para el criminal; que nosotros siempre acataremos tus decretos.



### ACTO III

Plaza pública de Roma.—Ruinas, restos, monumentos antiguos.  
Óyese la campana del Capitolio

#### ESCENA PRIMERA

Ciudadanos romanos; después CECCO, BARONCELLI, RIENZI

CORO DE CIUDADANOS.—¡Hado fatal! ¡no hay remedio! ¡la discordia renace! ¡Nos venden, y los rehenes han huído ya! ¡Pronto sufrirán el castigo de tantos ultrajes! Acabemos con ellos de un solo golpe. ¡Se les concedió perdón, pero en vano! ¡necio el que fía en su palabra! ¿Y Rienzi? ¿Cómo no se presenta?

CECCO (*acudiendo presuroso*). — ¡Pronto! alerta! corred! Los nobles se arman contra el pueblo; el enemigo se acerca. ¡Maldita clemencia! con nuestra sangre lo pagaremos.

TODOS.—¡Ven, Rienzi! ¡te esperamos!

RIENZI (*presentándose*).— Acudo á vuestro llamamiento, poseído del furor que os anima! ¡Ay de los